

La crisis del historiador en la crisis de la historia: sujeto y ética en una ciencia social

Diego Escamilla Márquez

Historiador y Archivista Universidad Industrial de Santander, 2013. Co-investigador AMOVI-UIS-Colciencias. Autor de los artículos: "Los indígenas y el proyecto republicano de nación: entre la ilustración y el evolucionismo. Colombia siglo XIX. Una aproximación bibliográfica", 2011; "El perfil del Archivista: los dilemas de la valoración documental", 2011; "Los archivos orales y la memoria oral: alternativas de reparación en el conflicto armado interno de Colombia", 2012.

Artículo recibido: 3 de noviembre de 2013

Aprobado: 12 noviembre de 2013

Modificado: 26 de noviembre de 2013

La crisis del historiador en la crisis de la historia: sujeto y ética en una ciencia social

Resumen

El siguiente trabajo pretende dar una visión de la crisis actual de la historia desde el quehacer del historiador. Lo hemos estructurado en torno a dos ideas: la primera tiene que ver con la crisis de la historia en los términos estrictamente científicos, es decir, los cuestionamientos que le reprochan a la historia su incapacidad de producir conocimiento científico; en este sentido nos interesa analizar la *ética científica* que se ha venido configurando alrededor del quehacer del historiador. La segunda idea se refiere a la crisis social de la historia, es decir, a los distanciamientos o ideas incorrectas que la sociedad tiene sobre la pertinencia del conocimiento histórico; en este asunto nos detendremos en la participación social del historiador, no solo como científico social, sino además como sujeto que pertenece a una comunidad en general. Así, desde una crítica a la *ética científica* y a la *ética social*, por denominar de alguna manera la actividad integral del historiador, pretendemos llegar a cierta

síntesis que nos permita entrever cómo llevar a cabo un quehacer historiográfico que contribuya de algún modo a la resolución de las problemáticas sociales de hoy.

Palabras clave: crisis de la historia, quehacer del historiador, ser ético, sujeto social, ciencia social, verdad.

The crisis of the historian in the crisis of history: subject and ethics in a social science

Abstract

The next job is to provide a current crisis of history from the historian's task. We've structured around two ideas: the first deals with the crisis of history in strictly scientific terms, ie, the questions that history reproach their failure to produce scientific knowledge in this sense we want to analyze scientific ethics that has been setting around the work of the historian. The second idea, which we have sketched a little, refers to the social crisis of history, ie the distancing or misconceptions that society has on the relevance of historical knowledge, in this case we stop at social participation historian, not only as a social scientist, but also as a person who belongs to a community. Thus, from a critique of scientific ethics and social ethics, for somehow called integral activity of the historian, we intend to reach some synthesis that allows us to glimpse how to perform a task historiographical somehow contribute to the resolution of social problems of today.

Keywords: crisis of history, pursuit of the historian, being ethical, social subject, social science, truth.

Proyecto financiado por COLCIENCIAS con el nombre: "Puesta en Marcha de un Archivo Oral de Memoria en el Área Metropolitana de Bucaramanga. Verdades no contadas: el conflicto armado colombiano desde la memoria de las víctimas", AMOVI-UIS; código del proyecto: 110256933888; aprobado el 14 de diciembre de 2012.

La crisis del historiador en la crisis de la historia: sujeto y ética en una ciencia social

Introducción

Entre la comunidad científica, tanto nacional como internacional, así como en algunos medios de comunicación, se ha hecho eco que la historia, como disciplina del conocimiento, está en crisis. La evidencia más contundente de esta crisis, en mi opinión personal, está en la extrañeza y desdén que cotidianamente las gentes del común manifiestan tanto por el conocimiento histórico como por la labor del historiador. De este modo, la percepción del grueso de la sociedad es que la historia es un conocimiento *inútil* o *innecesario*, cuando más *accesorio* o *interesante*, negando o desconociendo cualquier vinculación que éste tenga o pueda tener con el desenvolvimiento social presente y futuro.

Son múltiples las explicaciones que pueden dar cuenta de esta situación. No obstante, pretendemos abordar la discusión desde el punto de vista del historiador, no solo porque éste ha tenido responsabilidad en la referida crisis, sino además, porque creemos que es desde su recuperación como sujeto y como sujeto crítico (y autocrítico) que podemos empezar a vislumbrar soluciones a la problemática mencionada. La inconexión entre el oficio del historiador y su entorno social, reside en parte en el hecho de que la producción de los historiadores ha dejado de tener un sentido significativo para los sectores mayoritarios de la población, que ven en la historia, cuando más, un insumo de identidad nacional, pero no un conocimiento que les proporcione herramientas para la comprensión de su presente ni mucho menos criterios para superarlo. Esto repercute de manera gravísima en la perduración del *statu quo* actual, marginando no solo las esperanzas de un mundo mejor, sino más lamentable aún, las razones que desde la historia dan fe de que ese mundo es realmente posible.

Para aproximarnos de este modo a la actual crisis de la historia, hemos estructurado el presente ensayo en torno a dos opiniones: en primer lugar, la crisis de la historia desde una mirada disciplinar y su relación con el quehacer y la ética científica del historiador. En segundo lugar, la crisis social de la historia (percepciones equívocas e indiferentes que sobre el conocimiento histórico posee la sociedad) y su relación con el historiador, no tanto como profesional científico, sino más bien como sujeto social.

La crisis de la ciencia histórica: ¿es la *verdad* imposible? El historiador entre el pesimismo y el positivismo.

Para empezar, no todos comparten la opinión de que la Historia esté en crisis. Según Noiriel, autores como Francois Bedárida o J. W. Scott han planteado que desde la segunda mitad del siglo XX la disciplina ha tenido un desenvolvimiento favorable¹ y que los ruidos de *crisis* provienen fundamentalmente de “aquellos cuyas posiciones hegemónicas se han visto desestabilizadas por la aparición de nuevas corrientes de investigación” (Noiriel 1997, 15-16). Tampoco es cierto que la *crisis de la historia* sea una situación novedosa, por el contrario, al menos en los dos últimos siglos, los distintos historiadores han manifestado preocupaciones en el mismo tono de *crisis*, con respecto al quehacer y campo de conocimiento histórico de sus respectivas épocas².

Es cierto que una vez terminada la Segunda Guerra Mundial la bonanza económica y el furor democratizador (Noiriel 1997, 19) hicieron que la Historia gozase de un auge significativo, no solo por la consolidación de corrientes epistemológicas que competían contra el positivismo (especialmente nacidas alrededor del Marxismo y de la Escuela de los Annales), sino por una renovada incursión y expansión en los ámbitos universitarios, gubernamentales y culturales. Colombia es un claro ejemplo de esto. Tras décadas de una práctica histórica *amateur*, romántica y al servicio del Estado, las obras de los historiadores anteriores a la profesionalización del oficio, en su mayoría pertenecientes a las academias de Historia, empezaron por fin a ser minadas por una historiografía mucho más seria, rigurosa y crítica, emergida de las nacientes carreras universitarias a mediados de los años 60. Sin duda hoy en día se goza de un status académico, de programas y proyectos de investigación, de algunos recursos y de una comunidad científica más o menos consolidada, condiciones que apenas eran pensables hace un poco más de cincuenta años.

No obstante, no son estos los criterios con que evaluamos la *crisis* que aquí pretendemos denunciar, aunque con toda seguridad, si siguiéramos estos criterios, sería más que evidente que desde este punto vista la Historia también está en crisis. Basta ver las dificultades laborales y de desarrollo profesional, así como de acceso a proyectos y recursos

¹ En términos de crecimiento de la profesionalización, multiplicación de puestos e instituciones de investigación, nuevos campos de estudio, elaboración de instrumentos de trabajo (especialmente en Archivística), incremento de la demanda en museos, docencia y medios audiovisuales, entre otros aspectos (Noiriel 1997, 15).

² Augustin Thierry en 1820, Renan en 1868, Péguy alrededor de 1900, Paul Valéry a finales de la década del 20, Henri-Irénée Marrou en los 50, son solo algunos autores, entre muchos, que han advertido la crítica situación de la historia según sus respectivas épocas (Noiriel 1997, 17).

de investigación que tienen que enfrentar los historiadores colombianos de hoy, especialmente los recién egresados; situación que desemboca finalmente en frustraciones individuales, ensanchamiento de las desigualdades sociales y desempeños mediocres y cooptados. La sensación de seguridad laboral tanto de profesores universitarios, como de egresados que arañan cada peso con mil trabajos mal pagados, así como la de los profesores cátedra³, o la de los investigadores estrangulados por la extenuante burocracia, o la de los docentes de secundaria, pueden darnos cuenta de que tanta *maravilla* no es cierta y que el tan mentado “éxito” en definitiva pertenece a pocos (y a veces con un costo ético demasiado alto). El hecho de que todos estos espacios profesionales y de investigación existan, no garantizan en modo alguno que la Historia cumpla con su función social, ni mucho menos que el historiador practique una ética social y científica correctas, por el contrario, ante una dependencia estatal sobredimensionada y un mercado laboral estrecho, la Historia como el historiador terminan por sacrificar, la mayoría de veces, los criterios científicos y éticos en función de las demandas de quien detenta el poder y, por ende, de la maximización de réditos propios.

Obviamente la percepción que cada quien tenga sobre lo que es *crisis* no deja al tema libre de cierto subjetivismo. Esta puede ser una de las razones por las que desde hace dos siglos no dejamos de hablar de *crisis* en la Historia. No obstante, a pesar de la diversidad de criterios y puntos de vista, creemos que hay un basamento sobre el cual podemos ponernos de acuerdo acerca de *la verdad o lo verdadero*, se trata de lo que en una sociedad podría denominarse el *ser ético*. Este *ser ético* es compartido, vive en el *alma* y en la praxis de cada miembro de la sociedad, y aunque no siempre dichos miembros se ajusten a ello, el *ser ético* perdura como ideal y por ende como juez de las prácticas *incorrectas* o *no-éticas*. Si bien este *ser ético* es una construcción histórica y no escapa a tensiones y contradicciones, también es cierto que contiene una estructura de principios cuya adhesión y beneplácito han llegado hasta nosotros, aprobándolos casi de manera inconsciente. Así, este *ser ético*, tal como nosotros lo entendemos, son marcos de referencia ética socialmente aceptados, que buscan posibilitar la vida humana (Dussel 1998, 91), como existencia y proyección (Dussel 1973, 64), tanto biológica (en relación con la naturaleza) como socialmente (relaciones intra e interculturales), en los ámbitos individual y colectivo. En este sentido, el *ser ético* denota una relación con la realidad concreta, pues parte no solo de comprender los problemas o las dificultades que impiden el desenvolvimiento de la vida humana en todas sus dimensiones, sino que exige además una *acción* (una ética) tendiente a posibilitar la realización de ese

³ En las universidades de Colombia se le llama *profesor cátedra* a un docente temporal, que no tiene puesto fijo, que dicta algunas asignaturas y cuyo contrato solo dura lo que dura el semestre.

ideal, que no solo es un *deber-ser* sino un *poder-ser*, pues es la condición de posibilidad el fundamento del *deber* (Dussel 1973, 64).

El lenguaje, medio por el que generalmente este *ser ético* se expresa, está traspasado, como lo están todas las producciones culturales de un grupo humano, por la carga ética de estos marcos de referencia. De este modo, en una sociedad como la nuestra, con un *ser ético* compartido (por lo menos en asuntos fundamentales) y expresado en un lenguaje con sentidos y contenidos que no nos son imposibles de comprender, la aprehensión de la realidad y la verdad histórica, aunque difícil y trabajosa, no es una tarea inverosímil. Claro está que un conocimiento así producido sigue siendo una verdad relativa, correspondiente al *ser ético* de un grupo social específico, pero es un paso hacia adelante toda vez que, tal como lo hemos planteado, tiene por base la realidad concreta de ese grupo y sus formas de abordarla. Un paso más allá serían los diálogos interculturales en donde las certidumbres del conocimiento histórico, propias de una experiencia particular, pueden complementar y ser complementadas por las experiencias particulares de otros grupos sociales e ir configurando con ello, no solo un cuerpo de conocimientos mucho más amplio y riguroso, sino además, tal como lo ha planteado Enrique Dussel para el caso de la vida humana, un imperativo ético universal (Dussel 1998, 91-92).

De este modo, si bien la verdad en Historia es un problema considerable, creemos que hay una afección mayor que la atraviesa, a saber, el desajuste de los historiadores con respecto a su *ser ético*. Consideramos que se ha producido una desviación negativa en la búsqueda de la verdad histórica, fruto no de un análisis riguroso de la realidad, sino de las facultades literarias e interpretativas de los historiadores que no siempre son lejanas de lo comodatos que produce el sistema económico. Un gran sector de los profesionales ha desestimado los principios éticos que abogaban por una comprensión transformadora de la realidad, entre otras cosas, por la conveniencia que les produce estar integrados al statu quo, aunque discursivamente argumenten su inercia a la falta de objetividad en que pueden incurrir si optan por *posturas militantes*, ignorando que nunca la Historia ha sido neutral. En este sentido, el *ser ético* liberador, que propendía por la justicia y la transformación social, se ha venido desdibujando para dar lugar a otros comportamientos, que por la definición arriba mencionada no se pueden corresponder con la ética, sino por el contrario, con la *no-ética*: pasividad, indiferencia, conformismo, individualismo, egoísmo, pesimismo y en ciertos casos mediocridad, son algunos de los términos que pueden dar cuenta de las actitudes que caracterizan a los historiadores de la *neutralidad*.

Desde estos posicionamientos es que se han venido generando los nuevos discursos de la historiografía, señalando a diestra y siniestra objetos, métodos e interpretaciones novedosas, sin ninguna relación problematizadora con la realidad, sin ninguna conexión con el presente y sin ninguna aspiración de trascendencia. A esto es lo que nos referimos cuando planteamos que el fondo de la *verdad* en Historia pertenece a la relación que el historiador establezca con ese *ser ético*, pues dependiendo de su distancia con este *ser*, el historiador ceñirá las formas y los contenidos de su quehacer profesional a la realidad que le circunda y que le exige un compromiso activo en la resolución de los problemas, u optará por interpretaciones aisladas de dicha realidad, casi siempre sacadas de las lecturas cristalizadas de los libros, que sin una relación profunda con las situaciones concretas del presente, funcionan como una suerte de realidad virtual, evadiendo de este modo cualquier responsabilidad ética, no solo en el plano social, sino también en lo científico; el historiador que opta por este camino no solo evita la verdad, sino que le es imposible asirla.

Esta ha sido la gran crisis científica de la Historia. Tras un siglo de cientificismo obstinado, la ciencia histórica sufrió entre los años 1920 y 1930 una de las renovaciones más importantes que haya tenido lugar en la historia de la misma (principalmente bajo la tutela de la Escuela de los Annales), para luego, casi media centuria después, caer en una suerte de relativismo que, si bien se puede interpretar como un síntoma de dinamismo fructífero (por la cantidad de caminos que hoy por hoy son legítimos para escribir la Historia), ha puesto en jaque el paradigma científico de la Historia, a saber, su presunción de verdad. Varios autores han señalado al *giro lingüístico* como el gran responsable de esta debacle (Noiriel 1997, 136; Barros 2005, 2012; Cassiani 2004, 222; Ríos Saloma 2009, 110). Inserto en un movimiento cultural mucho más amplio (posmodernismo), el *giro lingüístico* fue una propuesta norteamericana de la que todavía no se tiene precisión sobre sus inicios⁴. Sea cual sean éstos,

⁴ Según Fina Birulés, la obra de Arthur Danto de 1965 (*Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la Historia*), fue la que propició la ruptura definitiva con el *Covering Law Model* (modelo nomológico-deductivo que insistía subsumir una explicación bajo una ley general, de manera similar a las ciencias naturales, como criterio de cientificidad en la Historia; Danto 1989, 13), al introducir, junto con otros autores, el concepto de *narración* en la filosofía analítica (Danto 1989, 21-22). Este concepto pone al historiador no tanto como un productor de conocimiento, sino como un productor de significados, reafirmando no solo la primacía que tiene el autor-escritor en la Historia, sino además el *derecho* que tiene ésta por estudiar las acciones del pasado no como *cosas*, sino como expresión de propósitos, e interrogarse así sobre “nuestros modos de pensar y de hablar sobre el mundo” (Danto 1989, 17, 23). Esta corriente también dio lugar a que se privilegiara los significados ligados “a la consciencia retrospectiva de intérpretes históricamente situados, antes que los efectos intencionales de los agentes del pasado: en cierto sentido, somos un microcosmos de las historias que somos capaces de narrar [...] El historiador no habla desde fuera, la historia no es una reflexión impersonal: es una disciplina subjetiva, en el doble sentido de ser el marco en cuyo seno podemos autorrepresentarnos y, al mismo tiempo, marco en el cual el historiador no es espectador sino partícipe” (Danto 1989, 21-22, 27). Noiriel por su parte ubica los inicios del *giro lingüístico* en abril de 1980, en un coloquio de historia intelectual europea realizado en la Universidad de Cornell, Estados Unidos (Noiriel 1997, 130). La opinión de Noiriel al respecto es que el *giro lingüístico* no ha

el *giro lingüístico*, según Cassiani, ha propiciado la idea de una *verdad histórica* inexistente. Siguiendo la apreciación de Veyne de que la Historia es un *relato y nada más* (1984), esta corriente ha tendido a reducir todo al lenguaje, inclusive la realidad social, marginando todo referencia extralingüística, objetiva o externa, de manera que no tenga sentido que los historiadores busquen la verdad, provocando entre los mismos un nefasto pesimismo cuyas implicaciones han sido simplificadas magníficamente por Dostoievski, citado por Cassiani: “si nada es cierto, entonces todo está perdido” (Cassiani 2004, 217, 221).

Esta etapa posmodernista de la historiografía contemporánea, con su respectivo *pesimismo*, no solo ahogó el futuro, sino que pretendió, como bien lo señala Barros (2012), arrojar a la historia más atrás del siglo XIX, cuando la disciplina era considerada un arte literario. Ante tanta incertidumbre, una reacción natural de algunos historiadores fue retornar al amparo del positivismo (Noiriel 1997, 172; Barros 2012). Este retorno, sin embargo, no solo fue un retorno teórico-metodológico, sino además un retorno político. Así, volvió a ser recurrente la comparación con las ciencias naturales, la narración básicamente descriptiva, el estudio de los *grandes* acontecimientos y de los prohombres, la preeminencia de la fuente oficial (tanto en su uso como en su credibilidad), pero fundamentalmente la investigación histórica volvió a ser, al igual que la del siglo XIX, un soporte del proyecto político de los Estados nacionales⁵. Si bien no se trata de desconocer los aportes de la historiografía y de la teoría histórica del siglo XIX⁶, ni mucho menos deslegitimar una línea de investigación como

sido tan exitoso como se cree (pues cada autor ha desarrollado su propio paradigma), ni ha tenido una producción bibliográfica ni una perduración considerables (la expresión *giro lingüístico* en la práctica no ha podido agruparse); además las pautas trazadas en el coloquio de Cornell poco se cumplieron e incluso, más tarde, algunos de sus fundadores se retractaron o modificaron lo planteado en los años anteriores (Noiriel 1997, 139-143).

⁵ El profesor Martínez, si bien tiene una argumentación sobresaliente y aboga por una historia científica, no se aparta de los postulados y autores decimonónicos, ni hace un análisis de los aportes de Annales y continuamente hace referencia a las ciencias naturales para definir la ciencia histórica. Es muy recurrente que parta de etimologías provenientes del griego o del latín, como si los conceptos no sufriesen cambios y variaciones que los hacen redefinibles y como si la única aceptación posible fuese la europea (Martínez 1997, 105-106). La obra del profesor Martínez, por lo demás abundante, adolece de un narrativismo descriptivo que raya en ocasiones con la mera transcripción. Sus fuentes predilectas son las oficiales y hace un uso bastante positivista de ellas. Por otro lado, su definición de *política* y de *historia política* están relacionadas exclusivamente con las acciones e instituciones del Estado o con grupos históricamente relevantes como los *libres* en la Antigua Grecia, la Iglesia en la Edad Media o los ciudadanos en la Edad Moderna, quedando al margen de cualquier actuación política categorías distintas como esclavos, herejes, campesinos, entre otros (Martínez 2000, 91; Martínez 2005, 19). Además, en los discursos extraacadémicos del profesor Martínez, es clara su inclinación pro-estatal y nacionalista (Martínez 2012, 45-46; Virviescas 2013). Por otra parte, para el caso de España, el profesor Ángel Viñas también ha denunciado el retorno a una verdad y una historia *franquistas*, entre otras cosas, por el uso positivista de la fuente oficial (Viñas 2010).

⁶ Según Carlos Aguirre, la historia que debemos hacer y enseñar hoy tiene que superar algunas falsas disyuntivas: contexto-individuo, macrohistoria-microhistoria, erudición-interpretación, objeto-sujeto, cuantitativo-cualitativo, entre otras. Estas supuestas contradicciones no son en modo alguno antagónicas o excluyentes entre sí, por el contrario, en la opinión de Aguirre, dan lugar a un análisis dialéctico que enriquece la

la de Estado-nación, si creemos necesario objetar las metodologías que niegan los avances ulteriores al positivismo, así como las posiciones acríicas con respecto al estudio histórico del Estado y la nación, que comportan no solo la marginación de sectores vitales en la Historia de las sociedades, sino además, respaldan el rol vigente de los dichos Estados, no solo obstruyendo la *verdad*, tal cual la hemos planteado, sino justificando los desmanes y abusos estatales como un *mal necesario*, anulando las alternativas de cambio y los agentes que abogan por ello.

La crisis social de la Historia: una ciencia social sin sujetos sociales

Como lo hemos planteado párrafos arriba, concebimos la *crisis social de la Historia* como ese distanciamiento de la producción historiográfica con respecto a la realidad, que ocasiona a su vez que el grueso de la sociedad se aleje de los beneficios del conocimiento histórico, o, cuando más, los trivialice en torno a *lo interesante* o *lo entretenido*. Creemos que el historiador es, en gran parte, responsable de esta situación de crisis, no solo como productor de conocimiento (aspecto que tratamos de abordar en el apartado anterior), sino como sujeto social.

Noiriel, con respecto al quehacer del historiador, ha señalado tres dimensiones que podemos relacionar con esta crisis social de la Historia. Las dos primeras, sacadas de Marc Bloch, tienen que ver con la *producción y difusión* del saber. Es decir, con la investigación científica propiamente dicha, avalada por una comunidad profesional de historiadores, y con la comunicación de este saber (al *gran público*), “mediante un lenguaje y unas formas ajustadas a tal fin” (Noiriel 1997, 173). La tercera dimensión, *la cuestión del “poder”*, extraída de la obra de Max Weber, es la que vincula el oficio del historiador con las instituciones del poder político estatal que lo remuneran (Noiriel 1997, 176). Estas tres dimensiones, según Bloch y Weber, citados por Noiriel, implican una actitud ética. En cuanto a las dos primeras, se espera que el historiador produzca un conocimiento ajustado a la *verdad* y lo difunda, especialmente mediante la labor docente, de tal manera que proporcione a la sociedad una mejor comprensión del pasado que le ayuden a los humanos del presente a *vivir mejor* (Noiriel 1997, 173). En cuanto a la tercera, si no se quiere ver a la Historia supeditada enteramente a los intereses del poder político, se requiere, primeramente, estar “dispuestos a aceptar ‘sin daño ni amargura, que año tras año se prefiera siempre a los mediocres...’ y segundo, hacer un constante esfuerzo orientado a combatir la invasión del Estado” en el

síntesis y producen una sola trama donde todos estos enfoque son posibles y complementarios (Aguirre 2002, 125-144)

quehacer historiográfico, no solo de forma individual, sino incluso más importante, de manera gremial o colectiva (Noiriel 1997, 178, 177, 180).

Estas dimensiones, sin embargo, no se pueden ejercer cabalmente si los historiadores no se asumen seriamente como sujetos sociales. Distinto a lo planteado por Veyne, quien consideraba que el historiador, por su trabajo erudito, debía alejarse de las arenas del quehacer político, pues la escritura de la Historia, según él, denota una actividad intelectual (no un *arte de vivir*) que “desapasiona y hacer perder valor a los objetos”, permitiendo descubrir, por ejemplo, que la historia de nuestro país es tan *fastidiosa* como de los otros países (Veyne 1984, 58, 64); nosotros, por el contrario, creemos lo opuesto: el historiador más que un intelectual, es un sujeto que está inmerso en una realidad social; que sufre, en muchas de las veces, las mismas carencias materiales de la grandes masas trabajadoras; que le duele la grave situación social de muchos de sus coterráneos, que se piensa dicha situación y aspira hacer algo para cambiarla. Pero también, estimamos que la Historia más que *desapasionar* o *enfriar* el *arte de vivir*, puede estimular efectos contrarios: la memoria histórica, por dar un ejemplo, es hoy una forma de reparación que les permite a las víctimas conocer la verdad, exigir justicia, empoderarse y reivindicar su existencia social y su identidad colectiva. Aún más, dentro del marco de un sistema capitalista planetario, dónde las alternativas hoy por hoy no existen, la Historia es la única que puede proporcionarnos marcos de referencia que nutran la posibilidad de un mundo mejor. Sergio Zubiría, citando a Hobsbawm, llama la atención precisamente sobre la destrucción de los mecanismos sociales y culturales que vinculan la experiencia contemporánea de los individuos con las generaciones anteriores (Zubiría 2012), esta situación que ha desencadenado una suerte de inmediatez nocivo, de peligrosos olvidos y silencios, de poca relación con la memoria y la verdad, podría ser mitigada por profesionales de la Historia comprometidos éticamente con la labor científica y con la transformación social.

En este sentido, recuperar el sujeto social del historiador es no negarnos la posibilidad de entender el presente, pero aún más, no negarnos la posibilidad de construir el futuro, pues como afirma Zemelman, los actos de pensamiento que realizamos para el entendimiento del presente nos colocan frente a las circunstancias y con ello frente al futuro (Zemelman 2010, parte 1). Pero asumirse como sujeto es más que pensar, es querer pensar, en otras palabras, “no basta con llegar a conclusiones, hay que estar dispuesto a sostenerlas” (Zemelman 2010, parte 1). En la percepción de Zemelman, uno de los aspectos que precisamente no permitió que el movimiento social latinoamericano de los años 60 y 70 cumpliera con sus expectativas, fue esta falta de compromiso con las ideas. Según el sociólogo chileno, muchas de las

personas que elaboraron los grandes diagnósticos, que se caracterizaron por tener pensamiento crítico y que estaban comprometidos con organizaciones políticas, supusieron que dichas organizaciones eran los sujetos que serían capaces de hacer lo que ellos como individuos no querían hacer. De esta manera, diversos movimientos progresistas estuvieron dominados por individualidades conservadoras y muchos de los discursos ideológicos carecieron de sujeto; como diría Zemelman: “muchacha ilustración poca conciencia, mucha inteligencia poca voluntad” (Zemelman 2010, parte 1).

Este análisis no solo puede ser aplicado a los intelectuales de la segunda mitad del siglo XX, sino que extiende toda su vigencia hasta nosotros, más específicamente, a los historiadores de hoy. Un gran número de colegas creen que su única capacidad como sujetos es pensar, olvidando, como hemos dicho antes, que el historiador es más que un intelectual, que por ende posee otras facultades y que “la historia no la construyen sujetos ilustrados, la construyen sujetos con capacidad de construcción, para los cuales la inteligencia es un instrumento, pero la voluntad, la emocionalidad y el compromiso lo son también” (Zemelman 2010, parte 1). De este modo, pensar la Historia es pensar una realidad que nos comprometa como sujetos, no solo constatar si algo fue o no (Zemelman 2010, parte 2).

Conclusiones

La crisis de la historia que podemos percibir como estudiantes de pregrado en Colombia, tiene que ver con un desconocimiento de la utilidad y la necesidad del conocimiento histórico, no solo por parte de la sociedad en general, sino, más grave aún, por parte de los mismos estudiantes y profesores de las distintas carreras universitarias. Si bien no negamos el papel estructural que cumple el sistema capitalista y las políticas neoliberales actuales (económica, social y culturalmente hablando), tampoco consideramos inocente el papel que en torno a esta problemática han jugado los historiadores. Por eso estimamos que el fondo del asunto se encuentra en las posiciones éticas que éstos asuman, pues dependiendo de ellas, los historiadores resistirán las tendencias que quieren seguir manteniendo la referida crisis, proyectando incluso soluciones alternativas, o sencillamente participarán en el mantenimiento del estado actual de las cosas. Una de las dificultades que vislumbramos para que la Historia acometa la tarea de superar la crisis y con ello aportarle a la transformación social, es la tan mentada imposibilidad de asir algo cierto. Si bien no negamos el carácter relativo que posee la verdad, creemos que en nuestro entorno, a partir de un *ser ético* compartido que se hace inteligible por medio de un lenguaje igualmente compartido, podemos llegar a conclusiones de verdad compartidas, que le den asidero no solo al historiador sino a

los demás individuos de la sociedad, en lo que respecta a la esperanza y la posibilidad de un mundo mejor. Este ser ético requiere, no obstante, el compromiso no solo de la facultad intelectual de los historiadores, sino además de su voluntad, emocionalidad y acción. A esto es lo que nos hemos referido cuando hablamos de la recuperación del historiador como sujeto social.

Bibliografía

- Aguirre Rojas, C. A. (2002). *Antimanual del mal historiador. O ¿cómo hacer hoy una buena historia crítica?* Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Barros, C. (setiembre de 2005). El nuevo concepto de la historia como ciencia. En Universidad Andina Simón Bolívar y Taller de Estudios Históricos de Ecuador (Presidencia). *Historia de la Educación Latinoamericana*. VII Congreso Iberoamericano, Quito, Ecuador. Recuperado de http://www.youtube.com/watch?v=f_41qV42AII
- Barros, C. (3 de agosto de 2012). Oficio de historiador, ¿nuevo paradigma o positivismo? *História, Educação e Sociedade no Brasil*. IX Seminário Nacional de Estudos e Pesquisas. Joao Pessoa-Paraíba. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=o32iUKuv-Jc>
- Cassiani Ortiz, J. (2004). Historia y modas intelectuales. En Departamento de Historia. (Ed.), *Memorias de la 3ª Jornada de Muestra Estudiantil de Historia* (pp. 217-237). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Cerezo Editores. (Productor y director). (2010). *Mentes del Sur: Hugo Zemelman. El sujeto y su discurso en América Latina* (Serie Filosofía y Política, pt. 1-3). [Video]. De <https://vimeo.com/13893668>
- Danto, A. (1989). *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- De Zubiría Samper, S. (25 de septiembre de 2012). Investigación-acción participativa y epistemología del sur. En Departamento de Sociología (Presidencia), *Cátedra Orlando Fals Borda*. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=SWhdkr0I8nw>
- Dussel, E. (1973). *Para una ética de la liberación latinoamericana* (t.1). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Trotta.
- Martínez Garnica, A. (1997). Diálogo imaginario sobre los supuestos de la ciencia histórica. *Revista UIS-Humanidades*, 26(2), 103-132.
- Martínez Garnica, A. (2000). Introducción a la formación política. *Revista UIS-Humanidades*, 29(1), 93-107.

- Martínez Garnica, A. (2005). *Convocatoria a una nueva historia política colombiana: conceptos básicos y temas fundamentales*. Medellín: Editorial Marín Vieco.
- Martínez Garnica, A. (2012). Sentido de una conmemoración. *Estudio*, (342), 41-46.
- Noiriel, G. (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Frónesis.
- Ríos Saloma, M. (2009). De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, (37), 97-37.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza.
- Virviescas Gómez, P. (2 de mayo de 2013). Bolívar tenía buena pluma. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-419842-bolivar-tenia-buena-pluma>
- Viñas, Á. (17 de diciembre de 2010). Recuperación de la historia y memoria histórica. En C. Barros (Presidencia), *Historia a Debate*. IV Congreso Internacional, Santiago de Compostela, España. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=-9d3yyNBAw>
- Zemelman, H. (2010). El sujeto y su discurso en América Latina. Serie *Mentes del Sur*, Cerezo Editores, 8 partes. Recuperado de <http://vimeo.com/34708139>.